

SOSPECHOSOS

JUAN
INFANTE



Esta es la tercera novela con Garrincha como protagonista. Un gánster retirado de la delincuencia, sin ninguna intención de volver a quebrantar la ley, pero que no siempre es posible conseguirlo. Todo comienza en la boda de Lucía con Eduardo, el futbolista. La familia de este, los Echevarría, viven angustiados ante los graves problemas que les acucian y necesitan de un hombre como Garrincha para intentar resolverlos. Los inspectores de la Ertzaintza, Sara Cohen y Miguel Fabretti, están detrás del mismo asunto y el conflicto está servido. Negocios turbios del pasado y un presente que angustia a los Echevarría. Todos son sospechosos. Es una novela con fuerza, con unos protagonistas muy bien dibujados, una intriga difícil de resolver y un Garrincha enorme, capaz de mantenernos en vilo hasta el final.

«Infante ha construido su obra con las pautas del cine americano» (*El País*).

«El abogado Juan Infante lleva desde la pasada década profundizando en el género y aportando un elemento diferenciador: un sentido del humor un tanto gamberro que alivia la brutalidad de algunas de las cosas que cuenta» (*El Correo*).

1 - Sábado, 8 de junio

Lucía se casa

El chaqué era de alquiler. Nunca me había puesto uno, ni siquiera de disfraz. En mi boda llevé un sencillo traje azul con una camisa blanca y una corbata escocesa.

Comprarle para una sola vez me parecía un dispendio y Teresa estuvo de acuerdo. Ahora me miraba y se reía, aunque después de dar varias vueltas a mi alrededor concluyó que me quedaba muy bien.

En esos momentos solo pensaba en salir de casa y subirme en el buga con el que iba a recoger a la novia. Y aunque yo me veía un tanto estrafalario, Teresa no le daba mayor importancia. Tenía una tienda de ropa y todo esto le parecía normal.

Menos mal que ella se había encargado de todo, porque mi aportación comprando una pajarita fue un fracaso. Me aclaró, como si fuera un inútil, que la pajarita se lleva con el esmoquin, nunca con el chaqué, que exigía corbata sobre una camisa blanca.

Todo esto viene a cuento de la boda de Lucía, una mujer a la que he ayudado mucho, incluso demasiado. Se casa con Eduardo Basterra^[1], según dicen el mejor futbolista del Athletic.

Es una boda curiosa. Eduardo pertenece a una familia de postín de Neguri. Su abuelo fue consejero del Banco Bilbao y la mayoría de sus miembros coparon, y lo siguen haciendo, muchos cargos en un buen número de consejos de administración. Por contraste, Lucía ancla sus orígenes en el hampa del narcotráfico bilbaíno. Su padre, Gorostio-

la, fue uno de los grandes padrinos, y dejó huella en sus seguidores y en la policía. Lucía salió muy bien librada; podría estar cumpliendo, y además por méritos propios, una larga condena o, incluso, haber acabado en el otro barrio. Pero, mira por dónde, después de terminar la carrera de Derecho y realizar un máster en Londres, se casa con el mejor partido de la provincia.

Todavía no me lo creo, pero así es. Además, soy su padrino de boda; ella apenas tiene familia cercana y conmigo iría al fin del mundo. No encajo nada en esa boda. Ella lo sabe, pero no le importa. Me lo repitió varias veces: ella es la que se casa y yo la acompaño.

Eduardo me conoce y le pareció bien cuando se lo dijo. Solo le pedí, bueno, le exigí, que no me pidiera su mano. Se rio y enseguida me aclaró que la mano solo se le pide a un padre, nunca a un amigo por muy padrino que fuera.

Mi nombre es Tomás Garrincha –como el genio del *dribling*, el jugador de fútbol más querido de Brasil– y llevo en esto del delito desde los veinte años. Tengo cuarenta y cinco y cuando cumplí los cuarenta decidí dejarlo. Oficialmente estoy jubilado y ya no debo hacer nada fuera de la ley, pero esto no siempre es así.

El gran arquitecto brasileño Oscar Niemeyer decía que la belleza no se basa en las líneas rectas sino en las curvas, como lo prueban los árboles de El Cerrado y las piernas de Garrincha. Mis piernas no son curvas como las de mi tocayo brasileño, más bien al contrario. Mido uno noventa, soy flaco, desgarbado, y dicen que cuando me enfado se me dibuja un cuchillo en la mirada. Tampoco es para tanto y, además, no me enfado con frecuencia. Eso sí, estoy gastadito por la vida, como mis vaqueros.

Mi pasión es la pesca. Soy un gran aficionado desde que, con diez años, empecé a acompañar a mi padre has-

ta el Puente Colgante en Portugalete a pasar horas mirando a la ría; ningún pez se dignaba picar y siempre pensé que era una excusa para no estar en casa. Aun así, siempre me fascinó esa quietud, esa especie de paralización del tiempo que fue tan decisiva para triunfar en mi faceta delictiva. Me armó de paciencia y consiguió alejarme de problemas innecesarios.

Me gusta Olabeaga. Además de por poder pescar al lado de casa y seguir estando en Bilbao, sobre todo por ese carácter de barrio cercano, húmedo, a veces escondido por la bruma hasta hacerse invisible. La gente es amable y mantiene esa solera que da la continuidad y la ausencia de cambios. Aunque yo debo de ser el único rentista –es un barrio de trabajadores–, no desentono mucho.

Encajonado entre la ría y las vías del tren, Noruega, como también se lo conoce, creció junto a los Astilleros Euskalduna y los barcos bacaladeros llegados precisamente de ese país nórdico. Mi padre había sido un trabajador de Altos Hornos, a unos pocos kilómetros de allí, y vivíamos en Portugalete. Instalarme en Olabeaga fue como volver a la infancia.

Mi relación con Lucía Gorostiola data de hace algo menos de cinco años. Ella cursaba primero de Derecho en la Universidad de Deusto cuando fue secuestrada.

Su padre era el capo de uno de los grupos más importantes de narcotráfico del norte de España y yo, que entonces acababa de retirarme, conocía bien el sector y quizás también a los autores del secuestro.

El caso es que me involucré, mi ayuda fue decisiva y salvé a la hija de percances mayores que el propio secuestro. Mientras investigaba, el secuestro se complicó y ella, que se mostró impasible y sin ningún escrúpulo, acabó con la vida de varios indeseables. Al final tuve que librarla de otros delincuentes, y ambos nos salvamos por los pelos de terminar con un tiro en una cuneta o con una condena enorme a costas^[2].

Gorostiola murió de forma natural de un infarto de miocardio. Cuando Lucía estaba terminando la carrera en Madrid, se ennovió con el futbolista y sufrió un chantaje espectacular del que también la libré, aunque hubo algunas bajas por el camino^[3].

Me estaba eternamente agradecida y lo cierto es que había mejorado mucho. Ya no era aquella psicópata que conocí cuando el secuestro, pero tenía la *virtud* de que siempre que me acercaba a ella me complicaba la vida. Fue Teresa la que me lo recordó. Llevábamos dos años muy tranquilos y, mirándome con seriedad, me espetó: «Espero que esto empiece y termine con la boda. Conozco a esa farsante y no me fío». La tranquilicé diciéndole que la boda no podía traerme problemas.

Lucía solo tiene veinticuatro años, los mismos que Eduardo, pero con un millonario es más fácil casarse, a nadie le parece prematuro, todos la animan y, claro, ella está encantada.

El novio parece un buen tío, no se le ha subido la fama a la cabeza y su origen familiar le facilita mucho las cosas. Y, por supuesto, además de jugar muy bien al fútbol y tener mucho dinero, es un joven guapo y con buena planta.

Lucía siempre me comenta que su chico no sabe nada de su historial –nunca añade delictivo, pero se sobreen tiende– y, aunque me cuesta creerlo, debe de ser así. Quien sí lo sabe es la policía y si no ha actuado es porque no tiene pruebas suficientes, no por falta de ganas.

El chaqué, por fin, parecía estar en su sitio y solo el perfeccionismo de Teresa retrasaba mi salida de casa. Me despidió con un beso y un «perfecto, ya puedes irte», mientras volvía a reírse.

2

Una boda de postín

La boda se celebra en la iglesia de Las Mercedes de Las Arenas, muy cerca de la casa familiar del novio. Aunque sus padres viven en Madrid, María Ucelay, la abuela, reside allí al lado, en Ondategui.

En un piso grande situado en una zona residencial muy cerca de la avenida de Zugazarte y el Abra, Eduardo esperaba nervioso a que fuera la hora para dirigirse a la iglesia con su madre. Aunque podían ir dando un paseo, un impecable Mercedes de color negro con chófer los llevaría hasta la entrada.

Cuando Lucía me informó de que se casaba, le pregunté si estaba embarazada. Tras negarlo, después de una sonora carcajada, me pidió que fuera su padrino. Enseguida comprobé que no tenía otra opción. Tampoco me importó. Mi vida social era escasa y aunque dudaba de cómo se lo tomaría Teresa, que siempre se había negado a tratar con mis amigos del hampa, con la boda de Lucía haría una excepción.

Desde que se resolvió el chantaje de los anglorrusos de Kalinka, apenas había estado con Lucía. Cuando me *visitaron* aquellos tres sicarios llegados desde Marsella, ya estaba de vacaciones con Eduardo rumbo a Hawái. Lo vivió todo desde la distancia y quedó muy satisfecha.

Aquello pasó y Lucía hizo un máster en Relaciones Internacionales en una de las mejores universidades de Londres, mientras Eduardo se dedicaba a progresar en el Athletic y convertirse en uno de los fijos de la selección.

Seguí sus andanzas y Lucía me tenía al tanto de su vida con los mensajes cariñosos que me enviaba de vez en cuando. Era lo mejor, y en estos últimos dos años no había tenido que preocuparme de mi seguridad ni de la policía. Así se vivía muy bien, aunque, debía reconocerlo, todo era muy aburrido.

Faltaba algo más de una hora para nuestra llegada a la iglesia y tenía que ir a recoger a Lucía a su casa, que era el chalé de su padre en Laukariz, localidad situada a unos veinte kilómetros. Ella vivía ya con su novio en un piso que habían comprado en Bilbao, pero la tradición exigía que los novios no estuvieran juntos antes de la boda.

Un amigo de vida un poco turbia me hacía de chófer. Era como un villano de película: alto, fornido, mal encarado y con aspecto de poder partirte las piernas en cualquier momento. Llevaba un traje gris marengo, con camisa blanca y corbata oscura. Unas gafas de sol con cristales negros lo convertían en un mecánico de *Los Soprano*. A pesar de su vestimenta no podía disimular su aspecto de bellaco.

Cuando bajé a la calle me sacudí mi vergüenza mientras avanzaba los cincuenta metros que me separaban del Bentley, con un Raúl sonriente apoyado en la puerta del conductor. Se quitó las gafas y, con el dedo gordo hacia arriba, hizo la señal de aprobación.

El automóvil era espectacular, lo había alquilado para la ocasión y llamaba más la atención que mi chaqué. Cuando estaba junto al coche, las miradas de todos los paseantes se centraron en ambos e, incluso, alguno nos sacó una foto. No era ninguna película y eso sorprendió aún más al personal. Desde el balcón, Teresa me saludó de manera exagerada con la mano mientras me lanzaba besos.

Con parsimonia, tratando con distancia al servicio, esperé a que Raúl me abriera la puerta y me acomodé en la parte trasera. Seguidamente salimos por la estrecha cuesta que une el barrio de Olabeaga con la plaza del Sagrado Corazón.

Apenas esperé en la entrada del chالé inmenso y pretencioso. Lucía salió acompañada de una estilista encargada de que luciera resplandeciente. Estaba espectacular.

–Había intentado imaginar cómo te sentaría el chaqué y no lo he conseguido. Chico, me has sorprendido. Parece que llevas toda la vida poniéndotelo, tienes un estilo de *lord* inglés, extravagante y despistado. ¡Ja, ja!

–No te cachondees, la que está estupenda eres tú.

–Contigo da gusto. Porque la familia de Eduardo es muy tradicional, que si por mí fuera, la verdad es que esta boda sería muy distinta. Desde luego, el vestido sería de flores y mi melena no estaría recogida. Pero hay que quedar bien.

–Chica, conozco tu capacidad para dar el pego, no necesitas convencerme.

–No sé de qué me hablas –dijo mientras se le escapaba la risa y miraba al chófer con reserva.

–Raúl es de fiar, no hay problema, conoce tus andanzas.

–No sabía que fuera tan famosa.

–Continúas levantando pasiones. ¿A que sí, Raúl?

–Desde luego, jefe. No la conocía en persona, pero había oído hablar de la hija de Gorostiola. La verdad es que mejora mucho en las distancias cortas.

–Me vais a abrumar, chicos. Por cierto, Garrincha, te quiero junto a mí como una sombra, no puedo despistarme. ¡Ah! Y no me dejes beber, se me va la olla y acabo con una castaña sin darme cuenta.

–Lucía, cuando salgas de la iglesia pertenecerás a tu marido, yo ya no pinto nada.

–No digas chorradas. Tú eres el padrino hasta que termine la jornada.

–Qué cosas tienes, mujer. ¡Con carabina en tu propia boda!

–Me conoces bien, Tomasín, y hoy mucha gente estará pendiente de mí. Quiero causar buena impresión.

–Los conquistarás. Siempre has sido una excelente actriz.

–¡Cómo eres! ¿Te gusta el anillo de pedida? –Le enseñó el dedo anular izquierdo, en el que llevaba una sortija de película.

–No entiendo, pero es bonita y parece buena.

–Es una pasada. María Ucelay la heredó de su madre. Es un regalo de Eduardo y de su abuela.

Era el segundo sábado del mes de junio y hacía un día espléndido. Al llegar a Las Mercedes la animación era extraordinaria. El tirón del futbolista era evidente y frente a la iglesia se agolpaba un par de centenares de personas que aguardaban impacientes la llegada de los novios y los invitados.

Eduardo Basterra ya se encontraba junto al altar, esperando, como exigían los rigurosos cánones del protocolo. Aun así, Lucía fue recibida con aplausos y gritos de «guapa, guapa», como si fuese una tonadillera.

Cuando entramos en la iglesia por la puerta trasera empezó a sonar «La primavera» de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, y continuó mientras avanzábamos por el pasillo central ante las miradas y la expectación de todos los asistentes.

Un niño y una niña vestidos de pajes, hijos de una prima de Lucía, llevaban o, más bien, hacían como que llevaban una cola casi inexistente.

Al fondo, algo intranquilo, nos esperaba Eduardo. Su madre, elegante y guapa, iba ataviada con una pamelita esplendorosa que realzaba una figura todavía joven.

Le pregunté a Lucía si estaba nerviosa. Me parecía difícil no estarlo y, encogiéndose de hombros, dijo:

–Cuando he pasado por tantas pesadillas esto parece un cuento.

–Tómatelo así, es lo mejor.

–Me gustaría que fuera de otra forma, pero así está bien. No sé si te habrás dado cuenta, pero te miran a ti más que a mí.

–No exageres. Les extraña y estarán pensando: «Qué papa más joven».

–Seguro. Si supieran quién eres...

–Bueno, un colega de tu padre, tampoco hay tanta diferencia.

La iglesia estaba repleta y con los invitados vestidos para la ocasión. Predominaba el traje sobre el chaqué, que parecía reservado a los testigos y familiares cercanos al novio, y en las mujeres los vestidos de corto, con pamelas, sombreros y tocados. Estábamos casi en verano y se notaba.

Eduardo, con un chaqué bastante mejor que el mío, estaba imponente y se le veía encantado con Lucía. Su madre, doña Casilda, estuvo muy simpática y en cuanto terminó la ceremonia me presentó a Ramón, su marido, y a los familiares más cercanos.

Cuando vi a una señora mayor acercarse ya sabía de quién se trataba. Ella también sabía quién era yo. No aceptó mi mano y me dio dos besos.

–*Galincha*, si no me confundo. He oído hablar mucho de usted y tenía ganas de conocerlo.

–Lucía también me ha hablado mucho de María Ucelay y, por cierto, muy bien.

–Lo importante es que se casan y están muy enamorados. Si le soy sincera, no daba nada por esta boda. Pero,

mira por dónde, esta chica vale mucho, de eso no hay duda. En el fondo me gusta.

Puse cara de desconcierto, pero no me dejó preguntar nada y añadió:

–Son cosas mías, no me haga caso. Apoyo a Lucía sin ninguna reserva.

No era difícil deducir que la abuela sabía muchas cosas de nosotros y de ahí su extrañeza por este matrimonio.

Lucía me miraba y con un guiño me mandó un aviso de tranquilidad mientras se encogía de hombros sonriente.

La firma de todos los testigos y las consiguientes fotos demoraron la salida del templo, y con la marcha nupcial del *Lohengrin* de Wagner empezamos a despejar la iglesia. Esta vez a quien llevaba del brazo era a la madre de Eduardo.

3

El almuerzo y la fiesta en el Club Marítimo del Abra

No llegaba a los doscientos metros la distancia que nos separaba del Marítimo, pero aun así, tuve que desplazarme en el Bentley. Me acompañaron Teresa, Nerea, la prima de Lucía, y dos amigas que no perdieron la ocasión de hacerse fotos entrando en el buga, con el chófer, conmigo, todos juntos, solas... Nunca habían montado en un coche tan elegante y les encantaba comprobar que casi cabían de pie.

Mi mujer estaba muy guapa. Había comprado un vestido para la ocasión que le quedaba perfecto, completando el *look* con un sombrero tipo Ascot que causó sensación. Se conservaba espléndida, con una figura rotunda y unas piernas de cabaretera que siempre habían sido mi perdición. Ese día estaba contenta y parecía haber olvidado quién se casaba.

Nos dieron un cóctel en el primer piso y me acerqué a los ventanales que daban al paseo marítimo y al Abra, junto al puerto deportivo del club, con sus veleros, yates y balandros balanceándose por efecto de la brisa que soplaban en aquel momento. La imagen era preciosa y acompañaba a la boda como si se tratara de una película.

Abundaba el champán de la Veuve Clicquot y me entró francamente bien.

El Marítimo del Abra es uno de los clubs de referencia de la burguesía vasca. Por él han pasado generaciones de hombres y mujeres ligados al desarrollo económico y empresarial de la provincia. Allí se ponían de largo sus hijas, se casaban, hacían sus fiestas y participaban en las regatas de verano a las que, en su día, solía acudir el rey Alfonso XIII y luego su hijo don Juan, el conde de Barcelona.

Ahora predominaban profesionales con los mismos apellidos y de las mismas empresas o de otras similares. Ya no había debutantes entre las chicas, pero las fiestas continuaban iguales, aunque en un formato más moderno.

María Ucelay era una institución en este ambiente y llevaba más de sesenta años asistiendo semanalmente a las partidas de *bridge* que se celebraban en el salón de cartas. Su marido había sido vicepresidente del club y amigo de don Juan, con quien solía navegar en el *Saltillo*, un balandro de categoría cedido al conde de Barcelona por el Marítimo.

Éramos algo más de trescientos invitados, muchos de compromiso. La plantilla entera del Athletic, con su entrenador, presidente y varios directivos. Varios jugadores del Real Madrid, del paso de Eduardo por el club merengue, y buena parte de la selección nacional con su entrenador.

Teresa congenió enseguida con los padres y los tíos de Eduardo. Cuando se enteraron de que era la propietaria de Coco Palmer la conversación fluyó con facilidad y alabaron la ropa que vendía. Todos parecían conocerla y eso la animó.

Tuve que mentir descaradamente para explicar mi relación con Lucía, dejándola en que era un buen amigo de la familia. Les extrañó que a mi edad no tuviera oficio conocido. Me definí como un rentista y les conté que ayudaba mucho a mi mujer en las tiendas. Nadie insistió y no sé cómo pasé el examen.

Con unos conocimientos futbolísticos muy escasos, algo extraño en Bilbao, evité aventurarme en los corrillos de los jugadores, a quienes, en su mayoría, no conocía ni de vista.

Hacía tan buen día que volví a acercarme a los ventanales y enseguida se puso a mi lado Lucía, quien no me perdía de vista.

–¡Garrincha, flaco! ¿Cómo va todo?

–La boda es espectacular, nunca había estado en ninguna parecida. Estoy bastante integrado y Teresa también. Tu familia política nos está tratando fenomenal.

–Qué mal suena lo de familia política. Sí, es gente muy educada y, además, creo que les habéis caído bien. Conmigo siempre son encantadores.

–Mira a Teresa, no deja de hablar con tus cuñados, con las tías de Eduardo... se lo está pasando bien.

–Ya me he fijado. En la comida vais a estar con ellos y nosotros en la mesa presidencial. Todo irá bien.

–¿Y tú qué tal?

–A veces pienso que estoy en un sueño y me voy a despertar enseguida. Quiero olvidar todo el pasado, pero a veces se me aparece y me acojona. Hace un rato me ha pegado un susto María Ucelay que no veas. No hagas ningún gesto ni mires, que nos está observando.

–A mí me ha saludado muy simpática, me ha llamado *Galincha* y me ha plantado dos besos.

–La conozco, sabe quién eres y está al tanto de alguno de los marrones que hemos compartido. Ya te contaré algún día toda la historia con ella.

–Ya me lo imagino.

–Lo que ahora nos importa es que esté callada. Sin venir a cuento me ha soltado: «Pues *Galincha* no parece un gánster; qué cosas me contaron de él, parece un hombre educado y correcto. Bueno, tu padre también lo pare-